

Mucho más tenía que decir; pero confieso que la obligación de no poder dar rienda suelta á la alabanza, por causas que al lector no importan, me molesta no poco y estoy deseando poder terminar este artículo.



OBRAS DE REVILLA

HACE poco más de diez años comenzaron los aficionados á las letras á notar que, entre los pocos críticos que entonces procuraban dirigir la opinión en materia artística, se distinguía por la novedad del criterio, la firmeza del juicio y la sinceridad de la expresión, aquel señor Revilla, que hasta allí había figurado como orador de Ateneo, profesor y amante de la filosofía racionalista. Después que enmudeció Balart nadie pudo ya disputar á Revilla el primer puesto en la crítica de literatura contemporánea, y con el favor del público fué creciendo su afición á este linaje de estudios, y lo que en él comenzó siendo accidental ocupación, se trocó pronto en vocación definitiva. A medida que iba siendo Revilla más literato iba siendo menos filósofo, sobre todo, menos sistemático, hasta

el punto de renegar en breve de sus primeras doctrinas y quedarse en una situación espectante, cercana al escepticismo, que acaso era la más propia de su espíritu, la más natural en él, y, por consiguiente, aquella en que más podía lucirse. Por este tiempo fué cuando pronunció en el Ateneo sus mejores discursos, verdadera maravilla de elocuencia académica, que á correr impresos, como debieran, elevarían á mucho mayor altura la gloria de Revilla y serían orgullo de la oratoria española.

Orador crítico como Revilla yo no le he conocido, y he tenido la buena suerte de alcanzar tiempos de florecimiento en este género. El Sr. Cánovas del Castillo, que nunca oyó hablar á Revilla en el Ateneo, asegura que, como orador no era tan notable como algunos pretenden, que en este respecto todavía le faltaba mucho que trabajar y experimentar. Esto dice en buenas palabras el Sr. Cánovas, sin saber lo que dice por esta vez, por lo cual debe perdonársele tan notable ligereza. Tiene razón González Serrano, que conocía á Revilla mucho mejor que el Sr. Cánovas; el autor de los *Bocetos* era un notable crítico, pero era el primer orador del Ateneo en su género de polemista crítico. Cuando más sabía, cuando mejor pensaba, cuando más veía en el fondo de su conciencia Revilla, era al hablar á las secciones del Ateneo, inspirado en párrafos clarísimos, de sencillez ideal, correctos, como nun-

ca podrán serlo los párrafos del Sr. Cánovas, que es mejor orador que crítico, y mejor *hombre de mundo* que orador.

Esto no quita que al Sr. Cánovas se le deba agradecer el celo que dicen demostró en la publicación de las obras de Revilla. Dios se lo pague. Lástima grande que además de poner ese celo de su parte, se haya creído en la obligación de poner un prólogo al libro. Mejor hubiera salido sin más prólogo que la biografía escrita por González Serrano, amigo del autor, y más capaz de comprenderle que el señor Cánovas. Valga la verdad, el prólogo de este señor, además de estar muy mal escrito y lleno de digresiones del todo impertinentes, lleva un sello de vulgaridad afectada, que no debía de estar en la intención del ex-presidente del Consejo (1), pero que en su trabajo se ve fácilmente. Huelga allí todo lo que el Sr. Cánovas habla de sí mismo, de su bondad y sus ocupaciones, y sobran aquellos conatos de probar la religiosidad momentánea de Revilla, como sobran otras muchas cosas en que hay hipocresía, orgullo ó ignorancia ó falta de sentimiento.

No sé á que criterio habrá obedecido el prescindir en la colección de todos los artículos cortos de

(1) Al corregir las pruebas de esta reimpresión el Sr. Cánovas es presidente otra vez. ¡Plegue á Dios que al publicarse el libro ya no lo sea!

Revilla y de cuantos tenían por asunto las obras dramáticas, novelas, poesías líricas, etc., etc., que suelen ser elemento diario de la crítica. Precisamente en trabajos de esta índole, que no están coleccionados (1), es donde puede verse lo mejor de Revilla como crítico. Valen mucho más que sus largas disquisiciones de literatura crítica, trabajos de segundo orden, á que él de fijo daba poca importancia.

En cambio con muy buen acuerdo se ha incluido en el tomo publicado por el Ateneo la serie de *Bocetos* literarios en que Revilla, con elocuencia, imparcialidad y acertado juicio casi siempre, trata de los principales autores españoles de nuestros días. Revilla fué el primero que reconoció en Galdós al mejor novelista contemporáneo.

También merecen muy detenido estudio los artículos que consagra Revilla á la misión de la crítica y á la naturaleza del Arte. Era realista, como todos sabemos, y tanto, que si algunas veces fué injusto, y yo creo que lo fué mucho con Echegaray, no consistió en que espíritu tan escogido dejara de ver las grandes bellezas del autor insigne de *El Gran Galeoto*, sino en el horror con que Revilla miraba todo renacimiento romántico.

(1) Ya lo están, gracias al celo de la viuda y de los amigos verdaderos del crítico ilustre.

De todas suertes, este libro (pálido reflejo del excepcional ingenio de Revilla) que publica el Ateneo para recuerdo del crítico y alivio material de su viuda; merece y debe ser adquirido por todos los que se precien de amar las letras españolas.

Si toda la prensa no nos ayuda á los que hemos emprendido la tarea grata de hacer propaganda de este tomo, podrá creerse que todavía la envidia y el rencor quieren vengarse en las obras póstumas del crítico de los agravios que la justicia le obligó á inferir cuando vivía.

